

# La carta de Aguirre al Provincial Montesinos

por

José de Arteche

Capítulo del libro «La Tragedia de Lope de Aguirre, el Fuerte Caudillo de los Invencibles Marañones» próximo a publicarse.

Como recuerdo de la fracasada expedición del dominico Montesinos a la isla Margarita, nos queda un documento, dato precioso para el estudio de la psicología de Lope de Aguirre, una de las tres cartas que de éste se conservan, por cierto, avalorada en este caso por las frases finales de cortesía y la firma ológrafas. Aguirre la envió al Provincial Montesinos en una canoa con un indio el día 8 de agosto de 1561; la fecha de la carta, en viernes, sin indicación del día parece autorizar esa data.

Dice así la carta:

(En el sobrescrito): «Al Muy Magnífico y Muy Reverendo Señor Fray Francisco Montesinos, Provincial de la Isla de Santo Domingo y Capitán General de Tierra Firme de Maracapana. Mi Señor:

(Y en el cuerpo de la carta): «Muy Magnífico y muy Reverendo Señor:

«Más quisiéramos hacer a Vuestra Paternidad el recibimiento con ramos y flores que con arcabuces ni tiros de artillería, por habernos dicho aquí muchas personas, ser muy generoso en todo; y cierto, por las obras lo hemos visto hoy en este día, ser más de lo que nos decían, por ser tan amigo de las armas y ejercicio militar como lo es Vuestra Paternidad; y así vemos que la cumbre

de la virtud y la nobleza alcanzaron los nuestros mayores con las espadas en la mano.

»Yo no niego, ni menos estos señores que aquí están, que nos salimos del Perú para el río del Marañón a descubrir y poblar, dellos cojos, dellos sanos, por los muchos trabajos que hemos pasado en el Perú; y cierto, a hallar tierra, por miserable que fuera, paráramos, por dar descanso a estos tristes cuerpos, que están con más costurones que ropas de romero. Mas a falta de lo que digo, y muchos trabajos que hemos pasado, hacemos cuenta que vivimos de gracia, según el río y la mar y la hambre nos han amenazado con la muerte, y ansi, los que vinieren contra nosotros, hagan cuenta que vienen a pelear contra los espíritus de los hombres muertos.

»Los soldados de Vuestra Paternidad nos llaman traidores. Débelos castigar que no digan tal cosa, porque acometer a don Felipe, Rey de Castilla, no es sino de generosos y de gran ánimo. Porque si nosotros tuviéramos algunos oficios ruines, diéramos orden a la vida, mas por nuestros hados, no sabemos sino hacer pelotas, y amolar lanzas, que es la moneda que por acá corre. Si hay necesidad por allá de este menudo, todavía lo proveeremos. Hacer entender a Vuestra Paternidad lo mucho que el Perú nos debe y la mucha razón que tenemos para hacer lo que hacemos, creo ser imposible, y a este efecto, no diré nada de ello. Mañana placiendo a Dios, enviaré a Vuestra Paternidad todos los traslados de los papeles que entre nosotros se han hecho, estando cada uno en su libertad como se estaban, y esto dígolo, en pensar, que descargo piensan dar esos señores que ahí están, que juraron a don Fernando de Guzmán por su Rey, y se desnaturaron de los reinos de España y se amotinaron y alzaron con un pueblo en Masquesinango, usurparon la justicia y los desarmaron a ella y a otros muchos particulares y les robaron las haciendas y demás: Alonso Arias, sargento de don Fernando y Rodrigo Gutiérrez, su gentil-hombre. De esotros señores, no hay para qué hacer cuenta, porque es chafalonia, aunque de Arias tampoco la hiciera si no fuese por ser extremado oficial de hacer jarcia. Rodrigo Gutiérrez, cierto, hombre de bien es, si siempre no mire al suelo, insig-

nia de gran traidor. Pues, si acaso ahí ha aportado un Gonzalo de Zúñiga, de Sevilla y cejijunto E. y P. téngalo Vuestra Paternidad por un gentil chocarrero y sus mañas son éstas: él se halló con Alvaro de Oyón en Popayán, en rebelión y alzamiento contra su Rey, y al tiempo que iban a pelear, dejó a su capitán y se huyó, y, ya que se escapó dello, luego se halló en el Pirú, en la ciudad de San Miguel, con Fulano Silva, en motín, y robaron la caja del Rey y mataron las Justicias y así mismo se le huyó. Hombre es, que mientras hay que comer es diligente y al tiempo de la pelea siempre se huye, aunque sus firmas no pueden huir. De sólo un hombre me pesa porque no está aquí, y es Salguero, porque tenía muy gran necesidad de que nos guardara este ganado, que lo entiende muy bien. A mi buen amigo Mimbrenño y a Antón Pérez y a Andrés Díaz, les beso las manos; y a Monguía y a Arteaga, Dios los perdone, porque a estar ellos vivos, tengo por imposible negarme a mí, cuya muerte y vida suplico a Vuestra Paternidad Nuestro Patriarca, porque, después de creer en Dios, el que no es más que otro, no vale nada y no vaya Vuestra Paternidad en Santo Domingo, porque lo tenemos por cierto que le han de desposeer del trono en que está y para eso, *Cesar o nihil*.

»La respuesta suplico a Vuestra Paternidad me escriba, y tratémonos bien y ande la guerra, porque a los traidores Dios les dará la pena y a los leales el Rey los resucitará, aunque hasta agora, no veo ninguno resucitado. El Rey ni sana heridas ni da vidas. Nuestro Señor la Muy Magnífica y Muy Reverenda persona de Vuestra Paternidad guarde y en gran dignidad acreciente. De esta nuestra fortaleza de La Margarita, hoy viernes.

»Besa las manos a Vuestra Paternidad y servidor,

Lope de Aguirre».

Esta carta rezuma ironía, amargura, orgullo, odio, deseo represado de venganza, así como también, hasta cierto punto, sensación de propia seguridad. Aguirre escribió, o dictó, esta carta, todavía bajo los efectos de la, para él, inesperada defección del capitán Munguía.

Aguirre, en la primera parte de la carta, parece, a través de sus

giros irónicos, visibles también en los tratamientos del sobrescrito, hacerse eco de los comentarios adversos al Provincial en La Margarita. «Por habernos dicho aquí muchas personas, ser (Vuestra Paternidad: fray Francisco Montesinos) generoso en todo». En su sentido más íntimo, esa frase significa todo lo contrario. Conviene además tener presente que Aguirre, como casi todos los vascos nacidos a la vida expresiva en vascuence, pensaba en euskera y traducía del euskera. Hay en esta carta, así como en las otras dos de él conservadas, giros literalmente traducidos del vascuence.

«A hallar tierra, por miserable que fuera, paráramos, por dar descanso a estos tristes cuerpos...». Dar descanso, descansar. En el trasfondo del alma de Aguirre, el rebelde, el eterno inquieto, anida el desesperado deseo de una solución definitiva a su vida azarosa. Ese anhelo de reposo constituye para Aguirre una obsesión. Más tarde, en la más famosa de sus cartas, se calificará a sí mismo de peregrino. Por esa ilusión de descansar que invade a cierta edad a los hombres inquietos, marchó todo ilusionado Lope de Aguirre a la expedición a El Dorado en compañía de su hija y de las criadas que la servían. Y Aguirre parece que intenta una exculpación humilde de la tragedia del Amazonas. «Vivimos de gracia»... «los que vinieren contra nosotros, hagan cuenta que vienen a pelear contra los espíritus de los hombres muertos».

Pero en seguida, sin transición, su feroz orgullo sofoca brutalmente esos giros a la vez encogidos y elegantes. «Los soldados de Vuestra Paternidad—pasa Aguirre a decir—nos llaman traidores. Débelos castigar que no digan tal cosa, porque acometer a don Felipe, Rey de Castilla, no es sino de generosos y de gran ánimo». Aguirre se goza en su rebeldía; profesa el orgullo de su rebeldía. Yo no me humillo ante el Rey, quiere Lope decir, siquiera ese Rey sea el más poderoso del mundo. El nombre de ese Rey, piensa Aguirre, se impone aquí porque lo aceptaron hombres como nosotros, que luego, a cambio de sus servicios, no han recogido sino desagradecimientos.

No podía aquí faltar, a renglón seguido de irónicas, y al par, infatuadas, alusiones a su profesión de soldado, de soldado que mira por encima del hombro a las gentes de «oficios ruines», la

eterna mención de Aguirre a sus servicios, que él juzgaba siempre mal correspondidos. Esta vez hace su apelación plural: hace solidarios de su caso particular a cuantos le rodean. «Hacer entender a Vuestra Paternidad lo mucho que el Perú nos debe y la mucha razón que tenemos para hacer lo que hacemos, creo ser imposible...»

Al orgullo sigue el ansia de venganza. Nada tan cercano al orgullo como la cólera. Lope de Aguirre supone que algunos de los que desertaron al desembarcar en La Margarita están con el fraile, y se complace en desenmascararlos relatando sus turbios históricos. Son frases de acerba ironía que encubren ira contenida. ¡Qué poco durarían todos estos hombres si cayesen al alcance de las felinas garras de Aguirre! La alusión al capitán Munguía y a Arteaga, por su misma calculada frialdad, pone espanto. ¡Munguía y Arteaga, dos vascos en quienes confiaba ciegamente y que le han traicionado en el desempeño de una misión trascendental! «Y a Munguía y a Arteaga, Dios los perdone, porque a estar ellos vivos tengo por imposible negarme a mí...»

La invitación a Montesinos a sumarse a los marañones abre un amplio resquicio al egoísmo brutal de Aguirre, entusiasta del hecho consumado. De tejas abajo, viene a decir Aguirre traduciendo una idea pensada en vascuence, «el que no es más que otro, no vale nada». Lope de Aguirre es uno más de los innumerables carniceros de la historia.

Pero este hombre, de impulsos primitivos, descubre en seguida, entreverada con una burla, su máxima preocupación. «Y no vaya Vuestra Paternidad en Santo Domingo porque lo tenemos por cierto que le han de desposeer del trono en que está y para eso, *cesar o nihil*».

Adivina los movimientos de su adversario: lo ve ya informando ante los odores de Santo Domingo del alcance de la sublevación quizá él se ve en lontananza asediado de todas partes a consecuencia de las órdenes impartidas desde la Audiencia de la Isla Española. Pero ello supondrá que el Provincial, el «Capitán General de Tierra Firme de Maracapana», pase a un plano muy inferior en la lucha que se avecina. Enviarán a otros para combatirte; Vuestra Reverencia quedará en la penumbra, quiere significar

Aguirre. ¿Vale la pena denunciarme para ese resultado? ¿No estaría mejor que la guerra corriese entre los dos únicamente? Porque en este mundo, concluye el grán ambicioso, tentando de ambición al fraile, no ser primero, no ser César, es lo mismo que no ser nada.

El genio sarcástico, el odio, y la obsesión megalómana de Aguirre, despliéganse de nuevo en el último párrafo de la carta, que no es sino consecuencia del anterior pensamiento. «Tratémosnos bien y ande la guerra, porque a los traidores Dios les dará la pena y a los leales el Rey los resucitará, aunque hasta ahora, no veo ninguno resucitado. El Rey ni sana heridas ni da vidas». Aguirre, rebelde integral y sin medias tintas, desarrolla en giros increíblemente audaces su pensamiento: «el que no es más que otro no vale nada». Estas frases no son sino variaciones de una misma obsesión. Lope de Aguirre no está enfermo, ni loco; percibe lo que quiere con perfecta lucidez. Diagnosticar a un hombre como loco, como se ha hecho con Lope de Aguirre, sólo porque sus gestos nos desconciertan, es lo más cómodo, y lo propio de una época como la nuestra que lo considera todo desde un insano punto de vista clínico. Nadie sigue a un loco; un loco inspira piedad y no el apasionamiento que demuestran los cronistas de la aventura marañona. El Aguirre anterior y el posterior al asesinato de Ursúa son idénticos por las trazas, sin que la repentina ruptura de la demencia aparezca visible.

Lope de Aguirre midió todo el alcance de su gesto, la monstruosa herejía que, en un plano humano tangente con lo divino, suponía su postura en aquel tiempo que reverenciaba los valores de la estirpe. Aguirre arremete contra el concepto aristócrata de la vida que por todas partes le rodea: «el que no es más que otro no vale nada». Entre el Rey y él, de hombre a hombre, no existe ninguna diferencia. El Rey, aunque este Rey sea el de Castilla, el Rey más poderoso de la tierra, el Emperador del Orbe como quien dice, es, como Aguirre define con imagen impresionante, un hombre de poder limitado lo mismo que otro hombre cualquiera.